

De Cataluña y España

Relaciones culturales y literarias
(1868-1960)

Adolfo Sotelo Vázquez



ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
CAPÍTULO I. Joaquín María Bartrina y el prosaísmo poético	17
CAPÍTULO II. Narcís Oller y las relaciones literarias entre Cataluña y España (1884-1902)	41
CAPÍTULO III. Benito Pérez Galdós y Cataluña	75
CAPÍTULO IV. Acerca de Marcelino Menéndez Pelayo y Cataluña	87
CAPÍTULO V. Leopoldo Alas «Clarín» y la literatura catalana finisecular	105
CAPÍTULO VI. Josep Xart y el teatro español de finales del siglo XIX	127
CAPÍTULO VII. Sueño del liberalismo español: Francisco Giner de los Ríos, Leopoldo Alas y Miguel de Unamuno	151
CAPÍTULO VIII. Las letras peninsulares en torno a 1898	183
CAPÍTULO IX. El primer Miguel de Unamuno y la literatura catalana contemporánea (1895-1902)	227
CAPÍTULO X. Miguel de Unamuno y el mundo cultural barcelonés en torno a 1898	245
CAPÍTULO XI. Joan Maragall, Cataluña y España	265
CAPÍTULO XII. Barcelona y la invención de la literatura española del siglo XX	285
CAPÍTULO XIII. Joan Maragall y las letras españolas anteriores a 1936	301
CAPÍTULO XIV. Una posibilidad española (en torno al Centro de Estudios Históricos, 1910)	315
CAPÍTULO XV. Gabriel Miró y Barcelona	335
CAPÍTULO XVI. Ramón del Valle-Inclán y las letras barcelonenses: Josep M. de Sagarra y Alexandre Plana	351

CAPÍTULO XVII. Ramón del Valle-Inclán alrededor de las artes y las letras catalanas	375
CAPÍTULO XVIII. Eugeni d'Ors: del intelectual disidente al intelectual errante	493
CAPÍTULO XIX. Alexandre Plana y las letras españolas contemporáneas	409
I. Eugeni d'Ors, Gabriel Miró y Alexandre Plana	411
II. Eugeni d'Ors y Alexandre Plana ante la aparición del semanario <i>España</i>	420
III. El primer Ortega desde la óptica crítica de Alexandre Plana	435
IV. Rubén Darío y la crítica barcelonesa: Alexandre Plana	448
V. Alexandre Plana, crítico de Miguel de Unamuno	462
CAPÍTULO XX. Acerca de Juan Ramón Jiménez y Cataluña	479
CAPÍTULO XXI. Benjamín Jarnés y la crítica literaria: <i>La Vanguardia</i> (1931-1936)	497
CAPÍTULO XXII. El pensamiento y la obra de Menéndez Pelayo: acción y dique en la dictadura de Franco (1939-1952)	531
CAPÍTULO XXIII. Marcelino Menéndez Pelayo y Cataluña (1938-1949)	555
CAPÍTULO XXIV. Joan Maragall y las letras españolas (1944-1971)	579
CAPÍTULO XXV. Recuerdos de doña Emilia Pardo Bazán: Josep Pla y Josep M. de Sagarra	603
CAPÍTULO XXVI. Notas sobre Josep Pla y los escritores españoles del 98	613

Capítulo III

BENITO PÉREZ GALDÓS Y CATALUÑA



Benito Pérez Galdós (1843-1920),
dibujado por Ramon Casas

Benito Pérez Galdós, tan incansable viajero como novelista, regresaba a Madrid a finales de mayo de 1888, tras una estancia de apenas ocho días en Barcelona, y de inmediato tomaba la pluma para dar noticia a los lectores bonaerenses de *La Prensa* de su paso por la capital catalana y animar a los viajeros americanos a visitar «la ciudad espléndida que ha de ser, dentro de poco, una de las más bellas de este continente». ¹ Las cartas que con esta materia envía a Buenos Aires fueron publicadas en *La Prensa* los días 1, 8 y 15 de julio de 1888.

Galdós había visitado por primera vez Barcelona a últimos de septiembre de 1868: regresaba de París donde había adquirido varios tomitos —Librairie Nouvelle— de las obras de Balzac, y se encontró con la revolución que derribó el trono de Isabel II. En sus *Memorias de un desmemoriado* recuerda: «Toda España estaba ya en ascuas. Barcelona, que siempre figuró en la vanguardia del liberalismo y de las ideas progresivas, simpatizaba con ardorosa efusión con el movimiento». ² Ahora, 1888, el motivo y el marco de su visita es la Exposición Universal y su deambular por la ciudad tiene el lógico contrapunto de la memoria de sus impresiones de veinte años atrás. En el 68 aún existían la Muralla del Mar («paseo delicioso desde Atarazanas hasta el jardincillo del Capitán General») y la Ciudadela, pero ya la ciudad se había quitado el corsé que formaban las Ramblas y las Rondas para dar cabida al «grandioso ensanche, con sus hermosas vías y el Paseo de Gracia, incomparable avenida, que pronto había de rivalizar con las mejores de Europa».³ En la primavera del 88, y a pesar del trasiego y de los compromisos de las fiestas iniciales de la Exposición, este *flâneur* ocasionalmente barcelonés observa que las edificaciones levantadas en la parte nueva son lujosas, de elegante traza y materiales ricos, enfatizando el arbolado que recorre todas las calles. Galdós se recrea, fascinado, en la descripción del espacio geográfico barcelonés y de los municipios —Gracia, Sants, Hostafrancs...— que lo rodean, y augura un porvenir a la ciudad paralelo al de Londres o Nueva York.

¹ William H. Shoemaker, *Las cartas americanas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*, Madrid, Cultura Hispánica, 1973, p. 313. Carta del 1-VII-1888.

² Benito Pérez Galdós, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1973, t. vi, p. 1432.

³ *Ibidem*, p. 1433.

En los radiantes días de finales de mayo de 1888, al mejor observador artístico de la vida contemporánea madrileña —*Miau*, séptima novela contemporánea, acababa de aparecer— no le pasó inadvertido el movimiento y animación de la metrópoli, con sus tranvías americanos y los ferrocarriles de tracción de vapor que comunicaban la capital y los suburbios, al mismo tiempo que reparaba en cómo el pavimento formado por tarugos de pino había reemplazado en las vías más transitadas al macadam, pavimento de piedra machacada que hacía honor al escocés Mc Adam, su inventor. También Galdós recordó para sus lectores de *La Prensa* la difusión del alumbrado eléctrico, asegurando que no había «ciudad alguna en Europa que con mayor ni aún igual profusión lo posea».⁴ El elogio se extendía al clima, a la hospitalidad —«es un pueblo morigerado y sobrio que, cuando llega la ocasión, sabe gastar sus ahorros y deslumbrar a sus huéspedes, haciendo gala de tanta esplendidez como inteligencia»—,⁵ a la vida cómoda y sobria, y a sus habitantes que «tienen el doble mérito de saber trabajar y saber vivir»,⁶ en lacónico juicio con el que cierra su primer artículo.

Las virtudes del carácter catalán las ve Galdós magníficamente representadas en la Exposición, a cuyas ceremonias de inauguración, con el atractivo principal de la reunión de las escuadras en el puerto —que describe con un sorprendente pormenor—, dedica la práctica totalidad de uno de sus artículos. El éxito de la Exposición de Barcelona se debe a la energía y actividad de los catalanes, bien secundados para la ocasión por el Poder central, hacia quien, a menudo, se muestran quejoso, «y en lo que toca —comenta Galdós— a la centralización administrativa sus quejas son fundamentadísimas».⁷ En fin, la esplendidez y la inteligencia de los barceloneses deslumbra al gran novelista, que con ademán liberal y sensato aconseja «la aproximación moral entre Madrid y Barcelona»⁸ como clave del progreso de Cataluña y España.

En su deambular por la Exposición anota las líneas relevantes de los varios edificios emplazados desde el arco de triunfo del Paseo de San Juan hasta el ferrocarril de Francia: el Palacio de la Industria, obra de Jaume Gustá; el Pala-

⁴ Benito Pérez Galdós, *Obras Inéditas* (ed. Alberto Ghiraldo), vol. 1, *Fisionomías sociales*, Madrid, Renacimiento, 1923, p. 68. Carta del 8-VII-1888.

⁵ *Ibidem*, p. 69.

⁶ William H. Shoemaker, *Las cartas americanas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*, p. 320.

⁷ Benito Pérez Galdós, *Obras Inéditas*, vol. 1, *Fisionomías sociales*, p. 70. Carta del 8-VII-1888.

⁸ *Ibidem*, p. 70.

cio de Bellas Artes de August Font, del que destaca los «dos enormes órganos, que se comunican por medio de la electricidad, de modo que un solo organista puede tocarlos simultáneamente»;⁹ el Palacio de Ciencias y el de Agricultura; la Sección Marítima y el Restaurant, que complace a Galdós tanto como el Gran Hotel Internacional, obras ambas en los albores del Modernismo de Lluís Domènech i Montaner, a quien cita elogiosamente antes de describir con precisión el edificio que hoy alberga el Museo de Zoología: «Afecta la forma de un castillo gótico y es de ladrillos, decorado con cerámica de variados colores, conjunto elegante y originalísimo, que será uno de los principales atractivos de la Exposición».¹⁰ No obstante, sus descripciones arquitectónicas abarcan más allá de los límites del Parque y su pluma recuerda el edificio del Ayuntamiento, tanto por el «pegote» de la «fachada grecorromana» como por el Salón de Ciento, «que es uno de los recintos más grandiosos que en parte alguna existen»,¹¹ según juzga por la elevación del techo, por su amplitud y por la severidad y la sobriedad de sus líneas; o la grandeza ojival de la Catedral, no exenta «como otras célebres basílicas españolas, de las superfetaciones y bárbaros remiendos de los siglos XVII y XVIII».¹² Las notas galdosianas se extienden, incluso, a la casa de la Diputación, el Archivo de la Corona de Aragón y las iglesias de Santa María del Mar y del Pino. Son, en resumen, un breve y atractivo recorrido por la Barcelona de 1888.

Los artículos no sólo atestiguan que Galdós es el mejor narrador español de la geografía urbana de una gran ciudad decimonónica, sino que además es un incorregible sociólogo antes de que la sociología, por obra y gracia de un catalán, Manuel Sales i Ferré, se ganara una cátedra de la Universidad Complutense. El novelista capaz de presentar en una página de *La desheredada* o de *La de Bringas* el mundo de apariencias de la clase media madrileña, resulta un hábil y lacónico pintor de las clases sociales barcelonesas. Con tinta teñida de positivismo historicista la pluma galdosiana dibuja la vida desahogada, atenta a las comodidades domésticas y reacia a la ostentación pública de las clases ricas, asentadas en la actividad laboriosa del comercio y la industria, a la par que la solidez de la clase media o la «educación industrial» de los obreros barceloneses.

⁹ *Ibidem*, p. 72.

¹⁰ *Ibidem*, p. 73.

¹¹ *Ibidem*, p. 69.

¹² Benito Pérez Galdós, *Obras Inéditas*, vol. II, *Arte y Crítica*, Madrid, Renacimiento, 1923, p. 71.

Este dibujo no está exento de la comparación con su correlato madrileño que Galdós conocía mejor que nadie, ni tampoco de un contraluz político, en el que se agiganta el perfil del regionalismo y de «números elementos influidos por las predicaciones socialistas». ¹³ Pero, sobre todo, las crónicas de Galdós subrayan, al modo cervantino, el archivo de la cortesía que la ciudad ha sido para con la reina regente y el rey niño durante los días que permanecieron en Barcelona, asistiendo, entre otros actos, a los *Jocs Florals* en los que oficiaba de mantenedor otro gran amigo de Barcelona, donde había sido discípulo de Francisco Javier Llorens y Milà i Fontanals, Marcelino Menéndez Pelayo. Así como la tolerancia de las costumbres barcelonesas y la escasa querencia de sus habitantes por las tabernas y el espectáculo taurino, «escuela constante y cátedra siempre abierta de barbarie, insolencia y crueldad». ¹⁴

Difícilmente los lectores hispanoamericanos de *La Prensa* de Buenos Aires podían haber tenido un mejor cronista barcelonés que, siguiendo esa medular línea cervantina que recorre toda su obra, no dudaba en hacerse vocero —con voz liberal— de «la prosperidad, el bienestar y la cultura que admiramos allí».

Los días barceloneses de finales de mayo de 1888 los ocupó Galdós febrilmente. Acompañado como iba de los diputados a Cortes, José Ferreras y el marqués de Castroserna, muy próximos como él a Práxedes Mateo Sagasta, se alojó en el Gran Hotel Internacional, cuyo vestíbulo «anchuroso, flamante, de aspecto realmente moderno»¹⁵ —Yxart *dixit*— conoció las idas y venidas, públicas y privadas, del gran novelista. De las páginas da noticia en sus *Memorias*: el homenaje al alcalde Francesc de Paula Rius i Taluet; la diaria visita a Sagasta, que residía en el Hotel Arnús; la invitación que recibieron para compartir mesa y mantel con la reina regente; las fiestas, las ceremonias y las recepciones no eclipsan la fascinación galdosiana por la concentración naval que se ofrecía en el puerto barcelonés. El entusiasmo se transparenta en el presente pasaje de su recordatorio:

¹³ William H. Shoemaker, *Las cartas americanas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*, p. 321. Carta del 8-VII-1888.

¹⁴ Benito Pérez Galdós, *Obras Inéditas*, vol. I, *Fisionomías sociales*, p. 86. Carta del 15-VII-1888.

¹⁵ José Yxart, «La Exposición Universal. Panoramas», *El año pasado. Letras y artes en Barcelona*, Barcelona, Librería Española de López, 1889, p. 180.

Cuando la Reina salía de paseo en la lancha real, mandada por el general Antequera, estallaba el cañoneo de las salvas. El estruendo formidable, el humo, el gritorio de las hurras de la marinería, daban la sensación de una colossal batalla entre los cielos y la tierra. Quien tal presenció nunca podrá olvidarlo.¹⁶

Entre los aconteceres más reservados sabemos de su estrecha amistad con Narcís Oller, quien ya había comentado epistolarmente *Fortunata y Jacinta* unos meses antes. Una nota de Oller, fechada el 23 de mayo, refiere la invitación muy afectuosa al «molt venerat amic meu Pérez Galdós», tal como le califica en sus *Memòries literàries*: «si quiere y puede usted honrar mi mesa se la ofrezco a usted especialmente mañana a la una de la tarde. En ella encontrará usted a la amiga Sra. Pardo Bazán, a Yxart y tal vez a algún otro compañero».¹⁷ Los días, sin embargo, resultaron escasos para estrechar estas relaciones. De las cortas horas pasadas juntos habla Oller en sus *Memòries* y el propio Galdós lamenta la celeridad de las horas barcelonesas en una carta del 21 de junio al autor de *La papallona*: «Salude en mi nombre a Yxart, a quien sólo conocí a lo relámpago, quedándome con fieras ganas de tratarle íntimamente».¹⁸

En esos días debió conocer a Modesto Sánchez Ortiz, el periodista madrileño que dirigía *La Vanguardia* desde 1888. Y a juzgar por los recuerdos, en ocasiones un tanto inexactos, de Mario Verdaguer, tuvo tiempo de almorzar con la familia de Enrique Moragas, padre de Rafael Moragas, el curioso y extraordinario bohemio barcelonés del que Pío Baroja dejó un curioso retrato: «Viajante de comercio sin comercio y colecciónista de todas esas cosas perfectamente inútiles que son las únicas que dan gusto al espíritu. En el fondo, un sentimental, y, en la forma, un viva la bagatela». Mario Verdaguer, a través de la mirada del jovencísimo Rafael Moragas —seis años escasos—, nos ofrece la última noticia de la estancia barcelonesa de Galdós en 1888: «mi padre se presentó en casa acompañado de un señor que usaba bigote, vestía traje claro, llevaba chalina y aparentaba tener unos cuarenta y tantos años».¹⁹

16 Benito Pérez Galdós, *Obras completas*, t. vi, p. 1439.

17 William H. Shoemaker, «Una amistad literaria: la correspondencia epistolar entre Galdós y Narciso Oller», *Boletín de la Academia de Buenas Letras*, xxx (1963-1964), p. 287.

18 *Ibidem*, p. 287.

19 Mario Verdaguer, *Medio siglo de vida íntima barcelonesa*, Barcelona, Barna, 1957, p. 144.

Pérez Galdós era para entonces el novelista español más reputado en Cataluña.²⁰ Poco después de su marcha de Barcelona, el crítico Joan Sardà, desde las columnas de *La Vanguardia* (22-VI-1888) reseñaba *Miau* con especial atención a su dimensión crítica y regeneradora, mientras definía la personalidad artística galdosiana como la de un «literato de raza, observador perspicaz del mundo que le rodea, [que] suma a las cualidades que a semejantes condiciones de talento deben sus libros, las otras, más peculiares y menos comunes, que arraigan en el porfiado escudriñar en materias nada familiares a los que entre nosotros cultivan la novela».²¹ El prestigio barcelonés de Galdós era tal, que Josep Pin i Soler, novelista catalán y epistolar amigo del maestro canario, ficcionalizaba su figura en su comedia *Sogra i nora* (1890), en la que un personaje de la alta sociedad catalana, refinada y cosmopolita, le regala a su madre una novela que «és de las millors de Pérez Galdós [...] és a dir de lo millor qu's fa a Europa».²²

Tras una estancia en marzo de 1896 en Reus, en junio de 1896, concretamente el día 25, llega Galdós a Barcelona para acudir al estreno de *Doña Perfecta* y a la reposición de *Los condenados*. Visita anunciada a Oller en carta del 3 de mayo con estas inequívocas palabras: «El próximo verano, Dios mediantte, me daré el gustazo de pasar unos días en la incomparable Barcelona». Una nota editorial de *La Vanguardia* (26-VI-1896) le califica de «artista innovador, psicólogo original y pensador de altos vuelos», y, de inmediato y bajo la segura impronta de Sánchez Ortiz, aproxima el ideario galdosiano y el cosmopolitismo y la modernidad barceloneses:

Las elevadas aspiraciones, el recto criterio, los nobles ensueños de perfección humana y de cultura social que palpitan vivientes en la obra de Galdós, son además ideas y sentimientos que han de imponerse a todos, y más en esta ciudad, donde toda corriente de adelantamiento intelectual y moral halla un eco de simpatía en el espíritu de las gentes.

20 En los círculos más atentos su fama y prestigio datan de 1881 al compás de la publicación de *La desheredada*, tal y como se desprende de una carta de Joan Maragall a Joaquim Freixas datada el 5-VII-1881, en la que dice estar siguiendo la publicación de la primera novela naturalista española a través de los sucesivos cuadernillos. Cf. Joan Maragall, *Obres completes. Obra Catalana*, Barcelona, Selecta, 1970, p. 971.

21 Joan Sardà, *Art i veritat. Crítiques de novella vuitcentista* (ed. Antònia Tayadella), Barcelona, Curial, 1997, p. 73.

22 *Apud*, Josep M. Domingo, *Josep Pin i Soler i la novella, 1869-1892. El cicle dels Garriga*, Barcelona, Curial / Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1996, p. 73.

Galdós, que hacía tan sólo unos meses acababa de publicar *Nazarín* y *Halma*, sintió en esos calurosos días deseos de visitar a Jacinto Verdaguer, en vuelto en su gran drama que conmocionaba y dividía a la opinión pública catalana, sobre todo desde que los artículos «En defensa propia», aparecidos en *La Publicidad* (1895), habían consolidado un enfrentamiento directo y público con el marqués de Comillas. Galdós le pidió a su gran amigo Oller que le acompañase a visitar a Verdaguer, que vivía acompañado, entre otras personas, de doña Deseada en la barriada de Penitents. Oller pormenorizó en sus *Memòries* la visita mientras que don Benito dio cuenta, más breve y lacónica, de esta singular excursión a las afueras barcelonesas en un artículo del año 1902 para *La Prensa* de Buenos Aires, escrito precisamente con motivo del fallecimiento del autor de *L'Atlàntida*. Ambos novelistas certificaron el juicio sereno y el mesurado equilibrio de Verdaguer, acusado, en cambio, por la jerarquía eclesiástica de locura, y también pudieron entrever a doña Deseada. Oller lo relata así: «I tombant-nos aviat d'esquena per contemplar l'esplèndid panorama que el mar i la ciutat ofereixen d'allí estant, toparen mos ulls altra vegada amb el caparró d'una dona que visiblement ens espiava des del llunyà finestró de la caputxa de l'escala dels *Penitents*, que té sortida a la teulada. Sens dubte era la porfidiosa celluda, la ditxosa donya Deseada Martínez! Encara tingué temps der fer-ho notar a en Galdós i deixar-l'en convençut».²³ Galdós, quien también se fija en el espléndido panorama de la ciudad desde la que es hoy la calle de Tiziano, escribe a sus lectores bonaerenses: «volvióse Oller y vio que por las bardas de un corral o huerto apareció una cabeza de mujer, que sin duda quería vernos en nuestra retirada también, pero la mujer desapareció y nada vi. Ella satisfizo su curiosidad, nosotros no».²⁴

Esta estancia barcelonesa de comienzos del verano de 1896 se completó felizmente con el éxito de *Los condenados*, con la visita a Montserrat y con el abrazo cordial con Joan Sardà, «per qui tenia en Galdós tota l'estima merescuda», según el testimonio de Oller. Seguramente en estas fechas se produjo el encuentro de Galdós y don Rafael Puget, *Un señor de Barcelona*, que Josep Pla recoge así: «Conocí a don Benito Pérez Galdós. Me lo presentó Narciso Oller. Un día con un grupo de *La Vanguardia* antigua, del que formaba parte

²³ Narcís Oller, *Memòries literaries*, Barcelona, Aedos, 1962, p. 298.

²⁴ *Apud*, Pedro Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 535, donde se pueden consultar los detalles de la información.

preponderante Rusiñol y Sánchez Ortiz, celebramos la estancia del escritor en Barcelona, organizando una visita a San Cugat».²⁵

Para el fin de siglo, Galdós gozaba en el mundo intelectual barcelonés de una muy sólida reputación. En sus estrenos teatrales el éxito le había acompañado, e Yxart, primero en *La Vanguardia* y *La Ilustración Artística*, y luego recopilándolas en *El arte escénico en España* (1894), había analizado *Realidad* (1892), *La loca de la casa* (1893) y *La de San Quintín* (1894) al compás de su estreno en Barcelona. Pero no es sólo Yxart, sino otros críticos notables que subrayan el valor de su teatro, que incluso se acercó a Cataluña en la ambientación y el argumento de *La loca de la casa*. José Roca y Roca en su habitual sección de *La Vanguardia*, «La semana en Barcelona» (10-VII-1892), tras analizar *Realidad*, escribe: «Pérez Galdós acaba de demostrar que ser el primero de nuestros novelistas no impide convertirse asimismo en el primero de nuestros autores dramáticos». Al estrenar en el verano de 1895 *Los condenados*, la obra cuyo prólogo le pareció a Yxart «un acto de virilidad que envidio y aplaudo»²⁶ —según carta del 30 de enero de 1895—, Josep Maria Jordà, uno de los más activos representantes del Modernisme *fin-de-siècle*, entiende la obra como «un drama interno, *de dentro a fuera* [...] un drama casi espiritual» y como «una tentativa de arte nuevo, de arte moderno», según escribe en *La Publicidad* el primero de julio de 1895. Seguramente la carta que Yxart publicó en *La Vanguardia* poco antes de morir elogiendo la obra, tuvo mucho que ver con la aceptación entusiasta del arte dramático de Galdós en la Barcelona *modernista*.

No obstante, para el mundo literario barcelonés de fin de siglo Galdós seguía siendo fundamentalmente un novelista. Joan Sardà le dedicó, en *La Vanguardia* del 15 de agosto de 1891, una semblanza que se convirtió de inmediato en el canon valorativo de su narrativa, atendiendo a dos directrices: la habilidad para sacar a la luz «los secretos más escondidos del misterio humano»²⁷ y su función de crítica social, porque «el pintor juzga; sus tipos moralizan o desmoralizan por dentro».²⁸ El diapasón de la lectura de la novelística galdosiana por los críticos catalanes, que forjó Sardà y corroboró Ramón D. Perés, contó con

25 José Pla, *Un señor de Barcelona*, Barcelona, Destino, 1945, p. 210.

26 Rosa Cabré, «Epistolari Benito Pérez Galdós-Josep Yxart», *Estudis de llengua i literatura catalanes*, III, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1981, p. 216.

27 Joan Sardà, *Obras Escogidas. Serie castellana*, I, Barcelona, Librería de Francisco Puig y Alfonso, 1914, p. 109.

28 *Ibidem*, p. 113.

un acicate que a menudo se soslaya: don Benito era el adalid de la «feina regional» que se estaba operando en la novela española. Josep Pin i Soler fue el abanderado de esta posición, y al reseñar *Tristana* en *La Renaixença* (27-III-1892), tras señalar que los intelectuales de mayor envergadura particularizan en vez de generalizar, sostiene: «Pérez Galdós en compte de fer avui com ab igual talent hauria fet ell mateix avans la Gloriosa: generalisa, particularisa, y poch a poch, sense ferho potser d'una manera deliberada, ha pres possesió de la regió central castellana que millor que ningú coneix y'ns fa conèixer».²⁹ Idéntica tarea llevan a cabo Pereda, Pardo Bazán o Clarín. En consecuencia, Galdós novelista fue entendido en la Catalunya finisecular como el protagonista principal de los quehaceres que Miguel de Unamuno estableció en los cinco ensayos de 1895 en *La España Moderna, En torno al casticismo* (tan calurosamente acogidos por el Modernisme), como los más pertinentes para los jóvenes intelectuales: «avivar con la ducha reconfortante de los jóvenes ideales cosmopolitas el espíritu colectivo intracastizo que duerme esperando un redentor».³⁰

Una nueva visita de Galdós a Barcelona data de julio de 1903 con motivo del estreno de *Mariucha* en el teatro Eldorado el día 16. La cordialidad barcelonesa fue la causa inmediata de la primera versión —más detallada— de las impresiones barcelonesas de sus *Memorias de un desmemoriado*, que publicó en una carta a *El Liberal* de Murcia en agosto de 1903 y fechada en Barcelona el 8 de ese mismo mes, cuando «las horas vuelan, y está cerca ya la de mi partida de Barcelona».³¹ La visita a la ciudad había espoleado la memoria y de ahí que coteje sus recuerdos de entonces con las imágenes que acaba de atesorar en los días inmediatos. La principal hermosura de Barcelona era entonces, 1868, y ahora, 1903, su Rambla: «Viéndola hoy, parécmeme que nada ha cambiado en ella, y que su animación bulliciosa de hace treinta años era la misma que actualmente le da el continuo trajín de coches y tranvías». Galdós reconocerá que, en efecto, se han producido modificaciones, pero sigue permaneciendo indeleble «su frescura risueña y la sonrisa hospitalaria». Lo que sí ha cambiado —y Galdós lo anota— es el epicentro urbano de la ciudad que aho-

29 Apud, Josep M. Domingo, *Josep Pin i Soler i la novella, 1869-1892. El cicle dels Garriga*, p. 92.

30 Miguel de Unamuno, «Sobre el marasmo actual de España», *En torno al casticismo*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1972, p. 146.

31 Tanto esta cita como las siguientes del presente párrafo proceden del artículo de Brian J. Dendale, «Galdós en Barcelona: un artículo olvidado de 1903», *Bulletin Hispanique*, xc (1988), pp. 389-392.

ra vertebran el Paseo de Gracia, la Rambla de Cataluña y la Gran Vía, que «nos deslumbran y fascinan, pasándonos por los ojos la vida fastuosa y un tanto dormilona de los millonarios de hoy».

El viajero impenitente y cronista excepcional que fue Galdós llega otra vez a Barcelona («ciudad que como usted sabe —le escribe a Oller— tanto amo»)³² en abril de 1917: Margarita Xirgu representa *Marianela* en el teatro Novedades y Galdós la acompaña secundado por Paco Menéndez, su mayordomo. Las semanas barcelonesas de la primavera del 17 las conocemos mediante las cartas que Menéndez, en nombre de Galdós, escribe a su hija. Galdós estaba, una vez más, contentísimo de la afabilidad de las gentes barcelonesas, «tanto por el teatro como por las innumerables visitas que a todas horas recibe»³³ en su residencia del Hotel Continental en la Plaza de Cataluña, donde, por cierto, empezó a tejer su obra teatral *Santa Juana de Castilla*, cuyo estreno en el mes de junio de 1918 conocerá la última estancia barcelonesa del maestro, que se desplazó a la ciudad para estar presente en las primeras representaciones a cargo de la Xirgu en el teatro Novedades. En esas semanas del inicio del verano del 18 se representan en Barcelona otras dos obras de Galdós, todas con gran éxito a juzgar por las confidencias de Paco Menéndez y los recuerdos de Mario Verdaguer. Aunque la estancia es más breve que la del año anterior (en 1917 estuvo cerca de un mes en la ciudad), los homenajes se suceden desde que se baja del tren en el apeadero del Paseo de Gracia. El más relevante fue el celebrado en el Hotel de Inglaterra y que contó con el ofrecimiento de Miguel dels Sants Oliver, quien lo comparó con Dickens y Balzac. En estos últimos viajes Galdós intensificó su interés por los ambientes musicales barceloneses, dejando bien clara su querencia por una ciudad de cuya geografía urbana tenía entera noticia, según atestiguan tanto sus notas de viaje, sus crónicas y cartas como el «Episodio Nacional» *Los ayacuchos* (1901), donde el interesado lector puede completar la visión barcelonesa del novelista que en su último viaje quiso emblemáticamente escuchar en la Sala Ortiz y Cusó la *Sonata a Kreutzer* de su bien amado Beethoven. Se trataba del contacto postrero del «prosista español más grande del siglo xix» —en lacónica expresión de Josep Pla— con Barcelona.

32 William H. Shoemaker, «Una amistad literaria: la correspondencia epistolar entre Galdós y Narciso Oller», p. 305. Carta del 9-III-1915.

33 *Apud*, Pedro Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, pp. 785-786.